



C O L U M N A

Orfandad

Orphans

Orfandade

<https://doi.org/10.46856/grp.22.e053>

Date received: December 8/ 2020
Date acceptance: December 20 / 2020
Date published: January 14/ 2021

Cite as: Palacios A. Orfandad [Internet]. Global Rheumatology. Vol 2 / Ene - Jun [2021]. Available from: <https://doi.org/10.46856/grp.22.e053>



COLUMNA

Orfandad

Alberto Palacios

Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

Palabras Clave: COLUMNISTA, PANDEMIA

"La muerte reptaba en cada rincón de esta villa miseria. Así transcurre el encuentro de Agustín y su familia con el virus, un virus que se atrevió a entrar a la casa, tal como ya lo había hecho con sus vecinos. "

"La vejez de un hombre comienza el día de la muerte de su madre" José Lezama Lima (Paradiso. La Habana, 1966)

En el centro de la ciudad varios chicos juegan canicas sobre el barro seco de un lote baldío. Uno de ellos, delgado y con el overol roído, aún no se explica cómo perdió a su padre. "Peritonitis", le anunciaron en tono solemne, como si fuese un término universal que cualquier niño debiera imaginar.

Su madre estaba embarazada entonces y la pobreza les cayó encima como una maldición ineluctable. El chico pasó a ser parte de una horda de desclasados que se arremolinan en aquella escuela sostenida con la magnanimidad de una congregación franciscana.

Cuando sale a mediodía, años después, se detiene a rifarse unos centavos apostando a las canicas. Es hábil, por cierto, y apunta con el nudillo del pulgar, mostrando el tino de un experto. – ¡Chiras pelas! – exclama, al tiempo que recoge las monedas ante la frustración de sus rivales. Se aleja unos pasos y regresa de golpe. Con un ademán derrama el dinero en el centro del círculo que forman los chavales. Ezequiel y Hortensia, dos niños andrajosos que viven en situación de calle, se ponen de pie y le gritan al unísono:

– ¡Te pasas, 'che flaco abusivo! – entre risas y abucheos.

Él sigue de frente, al tiempo que despliega una amplia sonrisa y el dedo medio en señal de insulto.

La casa de láminas de cartón huele a orina y a alcohol barato. Un tufo familiar por lo persistente. Su madre está tendida entre cobijas sucias, tiritando. No es la primera ocasión que tiene que incorporarla a regañadientes y arrojarla al catre para que duerma la mona. Pero esta vez la percibe sudorosa y delirante. Nadie más se encuentra a mano. Su hermana pequeña se ha quedado con una tía en los últimos meses para evitar contagios y se descubre sólo ante la proximidad del desastre.

Lo único que le viene a la mente es acudir con la dependiente de la carnicería 'La Lucha' para atraer la atención y buscar auxilio. Aterrorizada por la oleada de infecciones, la rolliza mujer, con el delantal ungido de sangre, se niega a recibirlo, aunque le sugiere buscar en la farmacia contigua al joven médico que hace guardia. Agustín lo encuentra sumergido en su teléfono celular y bastante indispuerto para atender urgencias.

–Es que se puede morir –, ruega el muchacho con la voz entrecortada por la prisa.

–Todos son iguales –, replica el galeno con desdén. – Vienen cuando ya se están muriendo.

El chico lo observa atónito, preguntándose si esta diatriba es un preámbulo para responder a su llamado. El joven doctor, sin preguntar más datos, le extiende una receta ilegible con cinco medicamentos que parecen redactados por automatismo. Agustín contempla el papel varias veces tratando de descifrarlo e inquiera por el precio.

–¡Yo que sé! –, espeta el otro – pregunta en el mostrador, carajo.

Desalentado, compra lo que bien puede con el exiguo dinero que rastreó en los cajones de su casucha y regresa para atender a la enferma, que gime y respira con dificultad.

Sabe que se trata de una infección por coronavirus – eso lo han restregado hasta el cansancio – pero que mata a los diabéticos, a los obesos y a los pobres, tal como su madre. Las cifras oficiales mienten, porque solo en este barrio los decesos se cuentan por docenas. No hay día en que alguien amanezca frío y exangüe, como si el virus les hubiese succionado la sangre y el aire de una sacudida. Además, todos los vecinos saben que los hospitales están saturados hace varias semanas y que eso de "intubar" a los más graves es un acto de clemencia, tan inútil como rezarle a los santos o encomendarse a la virgen. La muerte reptaba en cada rincón de esta villa miseria.

Mediante un buen esfuerzo, consigue levantar a medias a la mujer y logra que se trague las pastillas, ansioso por ver algún resultado de inmediato. Pero nada ocurre: la piel se le ha tornado terrosa, además de que continúa jadeante y seminconsciente. Será una larga noche si es que la supera.

No hay teléfono ni manera de contactar a otros familiares – que jamás han dado muestras de interés en su predicamento –, de suerte que Agustín se arropa en la resignación y se dispone a montar guardia a la vera de la enferma. Bien entrada la madrugada, lo vence el sueño y cae abatido junto al modesto lecho donde agoniza su madre.

El frío lo despierta cuando asoma el sol entre las paredes hechizas y los techos de lámina acanalada. Un vapor helado se desprende de los arroyos sucios y se oyen ladrar varios perros sueltos a la redonda.

En la penumbra se acerca con resquemor hasta la cara de la mujer que ahora muestra una gélida lividez y una mueca sórdida sin aliento alguno. El chico no necesita constatarlo; “la huesuda se la llevó” como dicen las voces recurrentes del barrio. Se sorprende de su falta de afecto, no hay lugar para lágrimas o desconsuelo. Tendrá que remover pertenencias para buscar algún dinero escondido y, con lo que alcance, prodigar una caja mortuoria y un entierro decoroso en el panteón vecinal.

Dos días después, bañado y peinado, observa como un peón arroja la caja de pino (–la más barata, por favor– suplicó en su momento) al hoyo recién cavado y lo recubre a paletadas con tierra seca, la misma que los vio nacer y recorrer esta vida yerma e indigente.

Esa noche, Agustín – a sus escasos catorce años y preguntándose qué sigue – hinca los codos en la barra de la cantina y, por primera vez en su vida, con el dinero sobrante, prueba el aguardiente que le quema la garganta, pero que en algún recóndito lugar de su conciencia permitirá exorcizar a los fantasmas que aún lo siguen.

Arriba, en una esquina del local, un televisor emite la voz recurrente del zar del covid, como han dado en denominar, quien exhibe una vez más los números de contagios y defunciones, enfatizando los “casos recuperados”. Absorto en la sucesión de imágenes, el chico deglute su segundo caballito de licor y comienza a perder el horizonte.

A sus espaldas una cuadrilla de malandros, vociferando entre el humo de tabaco y la bravata, se burlan de su desatino al beber el alcohol; otro caído en desgracia que se sumará a sus hueses.

Afuera del tugurio cae la noche y la plaga sigue horadando los hogares sin nombre, sin número, donde sobreviven y mueren bajo el mismo anonimato otros tantos miserables.

COLUMNS

Orphans

Alberto Palacios

Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

Keywords: COLUMNIST, PANDEMIC

"Death crawls in every corner of this miserable town. This is how Agustin and his family encounter the virus, a virus that dared to enter his house, just as it had already done with his neighbors"

"The old age of a man starts on the day of his mother's death" José Lezama Lima (Paradiso. Havana, 1966)

In the center of the city several boys play with marbles over the dry mud of a vacant lot. One of them, thin and with gnawed overalls, still can't explain how he lost his father. "Peritonitis", they announced on a solemn tone, as if it was a universal term that any child should imagine.

His mother was pregnant at the time, and poverty fell upon them like an. Inescapable curse. The boy became part of a horde of the unwashed that swirled around on that school that was supported with the magnanimity of a Franciscan congregation.

When he goes out at noon, years later, he stops to bet a few cents on marbles. He is skillful, by the way, and he takes aim with the knuckle of his thumb, showing the skill of an expert. –*Chiras pelas!*- he screams, and at the same time he picks up the coins much to the frustration of his rivals. He takes a few steps back and suddenly returns. With a gesture he spills the money in the center of the circle formed by the kids. Ezequiel and Hortensia, two ragged children living on the street, stand up and scream at him in unison:

- You are too much, you sly skinny dude! – between laughter and boeing. He continues straight ahead with a wide grin and giving the middle finger.

The cardboard house smells of urine and cheap alcohol. A familiar stench because of its persistence. His mother is lying between dirty blankets, shivering. It's not the first time that he has to reluctantly pull her up and throw her on the cot to sleep it off. But this time he notices that she is sweaty and delirious. No one else is there. His little sister has been staying with an aunt for the last few months to avoid contagion and he realizes that he is completely alone in the face of the upcoming disaster.

The only thing that comes to his mind is to go to the "La Lucha" butcher shop to seek help from the salesperson. Terrified from the wave of infections, the plump woman, with her apron smeared with blood, refused to let him in, although she suggest he look for help at the neighbor pharmacy to the young doctor on call. Agustin finds him immersed in his cell phone and quite unable to tend to emergencies.

–She might die –, the boy begs, his voice cracking with haste.

–They are all the same –, the doctor replies with disdain. – They come when they are already dying.

The boy looks at him with astonishment, wondering if this diatribe is a preamble to answer his call. The young doctor, without asking for more information, hands him an illegible prescription with five medications that seem to have been written automatically. Agustin looks at the paper several times trying to decipher it and asks for the price.

–How should I know!–, he replies – ask at the counter, dammit.

Discouraged, he buys what he can with the meager money he scavenged from the drawers of his dump of a home and goes back to tend to the sick woman, who is moaning and breathing heavily.

He knows that this is a coronavirus infection – this has been drummed into him nonstop – but that it kills diabetics, obese people, and the poor, like his mother. The official figures lie, because in this neighborhood alone the deaths are counted by the dozen. There is not a day that goes by without someone waking up cold and exhausted, as if the virus had sucked the blood and air out of them with a jolt. Besides, all of the neighbors know that the hospitals have been saturated for several weeks and that "intubating" the most seriously ill patients is an act of mercy, as useless as praying to the saints or to the virgin Mary. Death is crawling in every corner of this miserable town.

With great effort, he manages to half-lift the woman and gets her to swallow her pills, anxious to see any immediate result.

But nothing happens; her skin has turned earthy, and she is still panting and semi-conscious. It will be a long night, if she manages to get through it.

There is no pone or any way to contact the other family members – who by the way have never shown any interest in her predicament -, so Agustin succumbs to his resignation and prepares to stand guard at the bedside of the sick woman. Well into the early hours of the morning, sleep overcomes him, and he falls dejected next to the modest bed where his mother lies in agony.

The cold awakens him as the sun peeks through the walls and the corrugated tin roofs. Icy steam rises from the dirty streams and several dogs can be heard barking in the surrounding area.

In the half-light he approaches the woman's face, which now shows an icy lividity and a sordid breathless grimace. The boy does not need to see it; "death has taken her" as the voices in the neighborhood say. He is surprised of his lack of affection, there is no room for tears for grief. He will have to check his belongings to look for some money and with what he can find, buy a mortuary box and manage a decent burial in the cemetery of the neighborhood.

Two days later, bathed and combed, he watches as a laborer throws the pine box (the cheapest one, please – be begged at the time) to the freshly dug hole and shovels dry earth over it, the same earth that saw them grow and walk through this barren, homeless life.

That night, Agustin, barely fourteen years old and wondering what's next – sinks his elbows into the bar and for the first time in his life, with the money he had left, he tastes the aguardiente that burns his throat, but that somewhere in his conscience will allow him to exorcise the ghosts that still haunt him.

Upstairs, in a corner of the room, a television plays the recurring voice of the COVID czar, as they have come to call him, who once again displays the number of infections and deaths, emphasizing on the "recovered cases". Absorbed in the succession of images, the boy gulps down his second glass of liquor and begins to lose sight of the horizon.

Behind him, a group of gangsters, shouting amidst the tobacco smoke and bravado, make fun of his alcoholic blunder; another disgraced man that will join their ranks.

Outside of the dump, night falls, and the plague continues to pierce the nameless homes, without number, where so many other miserable people survive and die under the same anonymity.

C O L U N A

Orfandade

Alberto Palacios

IIJefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

Palavras chaves: COLUMNISTA, PANDEMIA

"A morte rasteja em cada canto desta favela. É assim que Agustín e a sua família se deparam com o vírus, vírus que ousou entrar na casa, como já havia feito com os seus vizinhos."

"A velhice de um homem começa no dia da morte da sua mãe" José Lezama Lima (Paradiso. Havana, 1966)

No centro da cidade, vários meninos jogam bolinhas de gude na lama seca de um terreno baldio. Um deles, magro e com o macacão roído, ainda não consegue explicar como perdeu ao seu pai. "Peritonite", anunciaram-lhe solenemente, como se fosse um termo universal que qualquer criança deveria imaginar.

A mãe deles estava grávida na época e a pobreza caiu sobre eles como uma maldição inelutável. O menino passou a fazer parte de uma horda de párias que fervilhava naquela escola sustentada pela magnanimidade de uma congregação franciscana.

Quando ele sai ao meio-dia, anos depois, ele para para rifar alguns centavos apostando em bolinhas de gude. Ele é habilidoso, mesmo, e aponta com a junta do polegar, mostrando a sabedoria de um especialista. - Chiras pelas! - exclama ele, ao recolher as moedas para frustração dos rivais. Ele se afasta alguns passos e volta de repente. Com um gesto, ele derrama o dinheiro no centro do círculo formado pelas crianças. O Ezequiel e a Hortensia, duas crianças maltrapilhas moradores de rua, levantam-se e gritam em uníssono:

-Vai lá cara, magro abusivo! - entre risos e vaias. Ele continua de frente, enquanto exhibe um sorriso comprimido e o dedo médio em insulto.

A casa de papelão cheira a urina e álcool barato. Um cheiro familiar persistente. A sua mãe está deitada entre as cobertas sujas, tremendo. Não é a primeira vez que ele tem que incorporá-la com relutância e jogá-la na cama para fazê-la dormir. Mas desta vez ela se sente suada e delirando. Ninguém mais está por perto. A sua irmãzinha ficou com uma tia nos últimos meses para evitar o contágio e se vê sozinho nas proximidades do desastre.

A única coisa que vem à mente é ir ao açougueiro 'La Lucha' para chamar a atenção e pedir ajuda. Aterrorizada pela onda de infecções, a mulher gorducha, com o avental unguado com sangue, recusa recebê-lo, embora lhe sugira que procure na farmácia contígua o jovem médico de guarda. O Agustín encontra-o imerso no celular e bastante indisposto para atender a emergência.

-Ela pode morrer-, implora o menino, sua voz falhando com pressa.

-São todos iguais-, respondeu o médico com desdém. - Eles vêm quando já estão morrendo.

O menino o observa com espanto, perguntando-se se esse discurso é um preâmbulo para atender ao seu chamado. O jovem médico, sem pedir mais informações, passa-lhe uma receita ilegível com cinco medicamentos que parecem ter sido prescritos automaticamente. O Agustín contempla várias vezes o papel tentando decifrá-lo e indaga sobre o preço.

-Eu que sei! - desabafa o outro - pergunta no balcão, caralho.

Desanimado, ele compra o que pode com o pouco dinheiro que rastreia nas gavetas do seu barraco e volta para cuidar da doente, que geme e respira pesadamente.

Ele sabe que é uma infecção por coronavírus – isso tem dito até a morte - mas que mata diabéticos, obesos e pobres, assim como à sua mãe. Os números oficiais mentem, porque só neste bairro as mortes são contadas às dezenas. Não há um dia em que alguém acorde com frio e sem sangue, como se o vírus tivesse sugado o seu sangue e o seu ar em um choque. Além disso, todos os vizinhos sabem que os hospitais estão saturados há várias semanas e que "entubar" os mais graves é um ato de misericórdia, tão inútil como rezar aos santos ou confiar-se à Virgem. A morte rasteja em cada canto desta favela.

Com um bom esforço, ele consegue levantar a mulher pela metade e a faz engolir os comprimidos, ansioso para ver o resultado imediato. Mas nada acontece: a sua pele ficou dura e ela ainda está ofegante e semiconsciente. Será uma longa noite se ela conseguisse superar isso.

Não há telefone nem forma de contato com outros parentes - que nunca demonstraram interesse pela sua situação – o Agustín se embrulhe na resignação e prepara-se para ficar de guarda ao lado da doente. Bem nas primeiras horas da madrugada, ele é dominado pelo sono e cai desanimado ao lado da cama modesta onde a sua mãe está morrendo.

Ele é acordado pelo frio quando o sol se põe entre as paredes encantadoras e os telhados de chapa ondulada. O vapor gelado sobe dos riachos sujos e vários cães são ouvidos latindo soltos ao redor deles.

Na penumbra ele se aproxima com ressentimento do rosto da mulher, que agora mostra uma lividez gélida e uma careta sórdida sem respirar. O menino não precisa verificar; "O ossudo a levou", dizem as vozes recorrentes do bairro. Fica surpreso com a falta de afeto deles, não há espaço para lágrimas ou tristeza. Ele terá que retirar os seus pertences para procurar algum dinheiro escondido e, com o que puder, arranjar uma caixa mortuária e um enterro decente no cemitério do bairro.

Dois dias depois, banhado e penteado, ele observa um peão jogar o caixão de pinho (-o mais barato, por favor- ele implorou na época) no buraco recém-cavado e o reveste com terra seca, a mesma que os viu ser nascido e caminhar nesta vida estéril e destituída.

Naquela noite, O Agustín - com apenas quatorze anos e se perguntando o que vai acontecer - ajoelha os cotovelos no bar da cantina e, pela primeira vez na vida, com o dinheiro que sobra, prova o conhaque que lhe queima a garganta, mas que em alguma parte remota da sua consciência permitirá que os fantasmas que ainda o seguem sejam exorcizados.

Acima, em um canto do local, uma televisão emite a voz recorrente do zar covid, como passaram a chamá-lo, que mais uma vez mostra os números de infecções e mortes, enfatizando os "casos recuperados". Absorvido na sucessão de imagens, o menino engole o seu segundo cavalo de licor e começa a perder o horizonte.

Atrás dele, uma gangue de bandidos, gritando em meio à fumaça de tabaco e bravatas, zoando a sua loucura bebendo álcool; outro caído em desgraça que se juntará aos seus anfitriões.

Do lado de fora do barraco, cai a noite e a peste continua a invadir as casas sem nomes, sem números, onde outras pessoas miseráveis sobrevivem e morrem sob o mesmo anonimato.